

**HOMENAJE AL OBISPO CARLOS CAMUS Y
A MONSEÑOR ALFONZO BAEZA
MMDH, 8 MAYO 2014**

Sean todos y todas bienvenidos al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

Quiero saludar especialmente a:

María Luisa Sepúlveda, presidenta del directorio del museo,

Javier Luis Egaña, presidente Fundación Vicaría de la Solidaridad

Tomislav Koljatic, Obispo de Linares

Silvio Jara, Vicario general de Linares

Padre José Aldunate

Padre Mariano Puga

Padre Percival Cowley

Viviana Díaz, Premio nacional de derechos humanos

Ana González, agrupación de familiares de detenidos desaparecidos

Amigas y amigos,

Hemos querido realizar y ser sede de un sentido homenaje a dos hombres que partieron hace poco, pero que sobre todo tienen en común el haber sido grandes colaboradores del Cardenal Raúl Silva Henríquez y grandes luchadores por los derechos humanos. Ambos destacaron por representar con creces los principios de justicia e igualdad para Chile y su iglesia.

Alfonso Baeza tenía lo que con pleno derecho y dándole a las palabras su verdadero sentido se puede llamar vocación de servicio a los más humildes. Esta vocación le ganó el cariño de miles que, siendo o no cristianos, compartieron sus ideas y lo vieron testimoniar con consecuencia y coraje sus convicciones.

Sus inicios como sacerdote fueron en medio de un creciente movimiento social y político en los años sesenta. Sin dudarlo el padre Alfonso Baeza asumió su compromiso y se trasladó a vivir a la población José María Caro. Como el mismo declaró en una de sus últimas entrevistas: “estimé indispensable estar cercano a las vivencias de los obreros y pobladores; de sus condiciones de trabajo; de sus dificultades y anhelos”.

Después del golpe militar participó en el Comité Pro Paz y en la Vicaría de la Solidaridad, hasta que en marzo de 1977 el cardenal Raúl Silva Henríquez lo llamó a encabezar la recién creada Vicaría de Pastoral Obrera. Monseñor Baeza, fue llamado “cura obrero” con justa razón. Su palabra y su acción planteaban una iglesia que contribuyera a la reorganización sindical y a la defensa de los trabajadores. Al alero de la Vicaría Pastoral Obrera pudieron sobrevivir las organizaciones de los trabajadores durante la dictadura hasta reconstituir la Central Unitaria en 1988.

Alfonso Baeza unió a la izquierda, el centro y hasta a la derecha cuando fue artífice de la liberación de un primer grupo de presos políticos de la

dictadura, y luego con las gestiones parlamentarias que dieron origen a la Ley de Indulto y la Ley de Libertad Condicional.

Pero Alfonso Baeza fue mucho más que un sacerdote mediador. Fue un hombre que se involucró con la realidad y sintió un respeto profundo por sus hermanas y hermanos. Un respeto verdadero, más allá de todo cliché. No le temió a lo que no luce bien o a lo que parece sospechoso. Con valentía defendió a las trabajadoras sexuales, a los presos comunes, a los inmigrantes, a las mujeres golpeadas. Con la misma fuerza defendió a las trabajadoras de casa particular, a las temporeras y a toda persona que sufriera una injusticia.

Alfonso Baeza predicó los derechos humanos desde la raíz más humana, con toda libertad, modestia y valentía. La mejor prueba de aquello fue su última intervención pública en la homilía del funeral del sacerdote Pierre Dubois. Ante una Catedral de Santiago repleta, se subió al púlpito para reclamar la unidad del pueblo.

Últimamente había visitado en reiteradas ocasiones el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, especialmente para participar en actividades conmemorativas de los 40 años del golpe de estado, que también son los 40 años de las luchas por la defensa de los derechos humanos. Su presencia, siempre amable, sus comentarios siempre directos y su humor siempre a flor de piel es lo que echaremos de menos, porque, en cambio, su ejemplo de vida seguirá inspirando a las nuevas generaciones.

De Carlos Camus no puedo referir una anécdota personal, pero sin duda su legado es parte del registro de las luchas sociales y por los derechos humanos. Numerosas notas de prensa y causas jurídicas dan cuenta de su valentía. Buscando en los archivos del Museo encontré una entrevista del año 1986 poco antes de la venida del papa Juan Pablo II a Chile. Allí, Monseñor Camus afirma que para recibir al papa el gobierno debería “crear un clima de libertad y un clima de confianza. Devolver la confianza al país, crear un clima de verdad porque vivimos en la mentira. Dar pasos en materia de justicia para que haya una atención preferencial por los pobres porque su situación es dramática” y advertía: “yo creo que un país que recibe al santo padre en estas condiciones que está viviendo Chile hoy día puede arriesgarse a a cualquier vergüenza. Pienso que puede haber manifestaciones de repudio al régimen. Incluso el Papa puede verse obligado a contemplar actos de represión increíbles”.

Monseñor Alejandro Goic dijo en su misa fúnebre que “nada de lo humano le fue ajeno”. Ciertamente fue así, Monseñor Camus dejó su impronta en la Asociación Universitaria Católica de Valparaíso, en su rol como Secretario General del Episcopado entre 1974 y 1976 y en los 27 años que estuvo en la Diócesis de Linares donde la comunidad de esa ciudad y localidades aledañas lo recuerdan día a día. Las agrupaciones de ex presos políticos han señalado en reiteradas ocasiones que muchos le deben la vida. Así fue.

Fue amenazado de muerte y su familia fue perseguida. Nada de eso impidió que su palabra fuera certera. Sus escritos y homilías destacan por

su defensa constante de los derechos humanos y su juicioso análisis de la realidad. Una vez dijo que “el dolor más grande de esos años fue el dolor de los desaparecidos y de la tortura”.

Y en temas de mayor actualidad, recuperé unas afirmaciones de este gran obispo que decía: “Nosotros hemos dicho que la Constitución es inmoral: Pusimos las condiciones para que el plebiscito fuera legítimo. No se cumplieron. Dijimos que no se habían cumplido, por lo tanto consideramos que la constitución es inmoral y si es inmoral no obliga en conciencia. Pero eso es en la moral. En política a veces hay que ser más flexibles...”.

Carlos Camus era un hombre de la Iglesia, que supo acompañar al Cardenal Raúl Silva Henríquez en los días difíciles para estar junto al pueblo perseguido y humillado. Su compromiso con los derechos humanos lo llevó a afirmar: “Yo creo que el pueblo quisiera de la iglesia un lenguaje mucho más claro, más viril, más nítido, más definido. Yo estoy por esa posición”.

Era un convencido de la iglesia social, por eso dijo más de una vez “la victoria que vence al mundo es nuestra fe”. Así era su convicción.

Ambos sacerdotes supieron unir. Unieron ideales y causas justas, supieron defender estas ideas y plasmarlas en acción. Alfonso Baeza era un hombre que unió a la Iglesia y al sindicalismo; Carlos Camus a la Iglesia y a su pueblo.